

**EL MAESTRO INAUDIBLE
RECUERDO DE ENRIQUE MARÍ**

Carlos M. Herrera*

“Decir, yo he conocido, es decir: Algo ha muerto”
Raúl González Tuñón

Me acuerdo, fue en tiempos que Carlos Cossio llamó de otoño filosófico en las universidades argentinas que encontramos a Enrique Marí. El plural no es de majestad: eramos varios que buscábamos alguna razón para seguir en aquella Facultad de Derecho de esos años ochenta llenos de alfonisismo e insatisfacciones - “yo tan sólo veinte años tenía”, sonreiría él -. La filosofía se parecía a esa razón. Y si Althusser aseguraba que era “lucha de clases en la teoría” ... ¿ porqué no practicarla sin culpa? La cuestión era dónde. Una intuición de que había algo más nos hacia reacios a las enseñanzas de shakespearianos escuderos que ignoraban de Kelsen todo lo que no estaba en una traducción de Eudeba. Ya en esos días Nino comenzaba a descubrir el derecho como práctica política, pero ese jusrnaturalismo que despuntaba en sus ideas no estaba hecho para convencernos.

Así que la búsqueda seguía y buscábamos en libros de Foucault, Habermas, Poulantzas, Deleuze. Aquello se parecía a veces a ese deambular cansino por los pasillos de la Facultad ¿ Qué nos retuvo en ese pequeño cartel manuscrito que anunciaba un seminario de “Teoría crítica del derecho”? - “en el fetiche de un afiche de papel”, sonreiría él -. Lo he olvidado: de lo que sí me acuerdo es de ese hombre menudo y elegante, concentrado y de pie, que hablaba de manera tan pausada como desordenada con el impermeable puesto. Y encima, no hablaba de Althusser, ni de Foucault, ni de Derrida, sino del positivismo lógico, de Wittgenstein, de Carnap, de Popper. Pero había en ese andar algo distinto: una práctica de la filosofía. Y la primera lección había comenzado sin que nosotros, casi, nos diésemos cuenta.

Seguí después - “ qué importa del después ”, sonreiría él - sus seminarios, uno sobre *Marx, Freud, Kelsen*, otro sobre *Las lecturas del Banquete de Platón*, y el del '89 sobre un tema que ya me olvidé ocupado como estaba en hacer valijas. La erudición de Enrique podía contener el interés de cada uno de sus asistentes, ya sea por el psicoanálisis, o la literatura, o la política, o el positivismo. Tal vez eso dio la ilusión de una escuela crítica. Pero el maestro era inaudible. Y eso que su personalidad despertaba una fascinación extraña, sin *pathos*, reflejo tal vez de su manera de admirar la belleza de las mujeres sin machismo, del fútbol sin fanatismo, del tango sin sentimentalismo.

* Universidad de Cergy-Pontoise/Institut Universitaire de France.

EL MAESTRO INAUDIBLE RECUERDO DE ENRIQUE MARÍ

Estoy seguro que vocación para discípulos de Enrique no nos faltaba; pero él gambeteaba con elegancia la admiración y el seguimiento. Quizás porque tenía siempre presente esa frase de Alejandro Korn que se encuentra en una nota de *Neopositivismo e ideología* (de memoria, cito: “los herederos intelectuales son tan desagradecidos como los otros”). Tal vez su linaje se emparentaba con aquel de Joseph Jacotot, *le maître ignorant* que enseñaba lo que no sabía, aunque, Enrique en realidad, nos mostraba lo que él buscaba, es decir, nos decía simplemente lo que sabía, solamente lo que estaba leyendo, lo que iba a escribir, sin verificar siquiera si lo habíamos entendido. Mucho menos iba a dar directivas. Sí, una: “hay que darle al lápiz Faber n° 2”. Trabajar, es escribir. Por eso el ataque más duro que podía permitirse contra un antiguo discípulo suyo que lo maltrataba era citar la frase del Borges de Evaristo Carriego: “escribía poco, lo que significa que sus borradores eran orales”. Y sin embargo, los hombres que él declaraba admirar antes que nada eran aquellos que se habían jugado la vida en la defensa de los derechos humanos en nuestros años setenta.

Podemos confesarlo ahora, que ningún cargo académico le será negado: la acusación que le lanzaban desde el despacho del tercer piso era cierta. No era un filósofo del derecho; era simplemente un filósofo. Su problema era, ni más ni menos, la verdad. De última, no era esa una palabra ausente en aquellas aulas, donde se oía hablar de verdades reveladas, verdades ópticas, verdades correspondencia. El problema era que Enrique la buscaba en el reverso de la verdad y eso era lo académicamente imperdonable. La exploraba en los pliegues de la ideología. La descubría en la ficción. La mostraba en el imaginario social. No es casual que el banquete haya sido la topografía que lo retuviera hasta el final, allí donde la verdad podía aparecer entre vómitos rojizos y estertores - “risa que precisa la confianza del alcohol”, sonreiría él -.

Enrique no se ofendería si confieso, hoy, aquí, algo que se pareció a un distanciamiento - “y alegre me alejé en aras de otro amor”, sonreiría él -. La llegada a otra tradición universitaria me mostró cosas que la cercanía me ocultaba. Su erudición no era ilimitada. No, realmente mi hermano Gustavo tenía razón, no escribía tan bien. Su lectura de Kelsen ya no me convencía. Lacan no era Gardel y Legendre su Lepera. Casi a modo de despedida, hice una reseña de Papeles de filosofía para una revista francesa; también le dediqué una conferencia donde criticaba su lectura de Bentham. Y empecé una relación distinta con él. Comencé a responderle el tuteo. Lo iba a visitar en esos inviernos porteños gloriosos de sol y hablábamos de París, o de tango, o de tangos que hablaban de París. No sé cuanto tiempo me llevó darme cuenta que, pese a todo, buena parte de mis preocupaciones filosóficas ya estaban contenidas en trabajos suyos que hacía un lustro no leía. Ciertamente, no era su discípulo en el terreno de las ideas. Pero las lecciones de Enrique, ahora lo sabía, no habían sido sobre Freud, Marx, Stegmüller, sino sobre ética. Sin duda para él, la ética podía enunciarse, y se debía, pero, sobre todo, Enrique la mostraba, *wittgensteiniano* en actos en eso que ética y estética son la misma cosa.

La tradición en esta institución quiere que se tenga “un” maestro. Ni hablar en este país donde trabajo y vivo, donde la lengua ni siquiera distingue entre maestro y amo. Pero yo le debo a mi maestro no haber estado nunca condenado a un maestro. Enrique Marí fue mi primer maestro, no sólo cronológicamente hablando, sino en sentido estructural, aquel que me formó indeleble a cualquier sumisión intelectual o académica. Claro que si se piensa que la relación maestro-discípulo es por definición exclusiva, posesiva, expansiva, hay que admitir que Enrique fue la exacta y perfecta negación de un “maestro”. Es decir, un verdadero maestro. “Dejó un pedazo de vida, y se marchó” - sonreiría él.